

EL MATRIMONIO

¿Según Génesis 2 o Malaquías 2?

Juan Valladares

No le pareció bueno al Creador que el hombre estuviera solo - le creó una compañera idónea. Dios Mismo los ‘casó’. Su propósito era que se amaran para siempre, que fueran “una sola carne” y que se multiplicaran.

Imprescindibles

Según las normas de Dios, para que un hombre y una mujer formen ‘matrimonio’, hay tres elementos imprescindibles. Solo teniendo en cuenta estas normas divinas, habrá ‘Matrimonio Luminoso’. Son tan importantes que el versículo original de Génesis 2:24 se repite tres veces más en la Biblia:

“Dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne”.

Este “cordón de tres dobleces” tiene todo que ver con el hecho que el hombre es un ser ‘tripartito’. Es *espíritu, alma y cuerpo*. Es una realidad que solo se experimenta cuando - en el nuevo matrimonio y durante sus preliminares - los dos amantes admitan plenamente al Gran Tercero - a su SEÑOR Jesucristo -. En otras palabras, la pareja va sabiendo que Cristo es el único Manantial de todo amor verdadero y duradero. Es el amor que se expresa en los tres ‘campos’: en el espiritual, en el síquico y en el físico.

Tres campos

1. Llegará el tiempo cuando - para el joven creyente - su ‘nido’ parental se le hace estrecho, y un buen día ‘tomará vuelo’. En su corazón crece un deseo de formar su propio ‘nido’ y de levantar familia.

En sus reuniones con otros creyentes, conoce a varias chicas que podrían ser ‘candidata’. Lo mismo en su vida diaria, pero en ese ambiente suele tratarse de ‘amigas’ incrédulas..., que se ríen de él, cuando les habla de su Señor...

Nuestro amigo se viene dando buena cuenta que sus propios sentimientos **no** son de confianza, que más bien le engañan. Con que, sin dar valor a sus corazonadas, busca más bien a su SEÑOR en oración; y ruega que le guarde y que le guíe.

Cuando se siente atraído por una joven en particular - creyente como él -, ahí él busca conversación. Esto, siempre, a todos los creyentes, nos viene muy bien; se trata de ‘exploraciones del campo espiritual’, ‘campos’ en que se mueven tanto el uno como el otro. Cuando los dos notan una profunda afinidad en Cristo, los corazones se gozan. Esto ocurre siempre entre dos o más creyentes; entre un abuelo con su nieto, entre dos amigas o amigos, etc., etc.

Y así, cuando en ocasiones, él le invita a ella para ‘comer fuera’, los dos acostumbran pronto a agradecer a Dios en voz alta por esa comida. En privado, el uno ora por el otro en términos generales. Luego, sus oraciones llegan a ser más específicas, cuando piden claridad en cuanto a una relación que los pudiera llevar al matrimonio. También ya expresan delante del Señor sus deseos de serle útiles a Él en algún campo de necesidad.

2. Llega el día cuando, con mucha alegría, esta pareja anuncia su compromiso de noviazgo. Cada uno ha estado aflojando los vínculos con el ‘nido’ acostumbrado, el de la niñez y de la juventud. Ya tienen buena idea del ‘campo espiritual’ de cada uno, siendo, en realidad, ‘campo’ de Cristo el SEÑOR, donde la ‘exploración’ nunca termina. Pero ahora deben entrar plenamente en ese segundo ‘campo’, en el ‘síquico’, o sea, ‘campo’ del ‘alma’.

El ‘alma’ incluye todo lo que sea la ‘personalidad’ del ser humano, lo cual se resume en: *intelecto, emociones y voluntad*. Siendo novios, disponen ya de más oportunidad

para hablar y acompañarse en actividades, por ejemplo, en sus aptitudes y aficiones, en sus habilidades, proyectos, lecturas, estudios, anhelos, deportes, amistades, conceptos del gran día de la boda, etc. Aquella ‘unidad’ de que Dios habló se viene perfilando...

3. Queda por explorar el tercer ‘campo’, es decir, el ‘físico’. La inmensa mayoría de los jóvenes modernos, estimulados por Televisión e Internet, se zambullen al primer ‘charco’ que se les ofrece. Ignoran que su actividad traerá sus incontables frutos amargos. De un ‘campo espiritual’ ellos no saben nada. En cuanto al segundo campo, le dan escasa atención. Solo al tercer campo, al físico, a ese sí, hay que aprovecharlo al máximo... El o ella que participa es reducido a mero ‘objeto’, que sirve de juguete, a ser exprimido para todo el placer posible.

Los novios creyentes son conscientes de un diseño grandioso que su SEÑOR tiene preparado para todos los que son suyos. No quieren defraudar, ni a su Señor, ni al ‘compañero’ (‘compañera’), con actividades sexuales antes de tiempo, lo cual, en La Palabra, se llama ‘fornicación’. Queriendo ser ‘fieles’, saben esperar un poquito más hasta aquel gran día de la boda en que se abre el ‘tercer campo’, cuando, delante de Dios, ya son Matrimonio de verdad... Hay novios que, considerando todo esto, prefieren incluso no darse ni un beso siquiera... Ese beso lo guardan para aquel momento público en que son pronunciados “Esposo y Esposa”.

Una vez terminada la boda, hay amplia oportunidad - en lo que se suele llamar ‘luna de miel’ - para explorar el tercer campo. Normalmente es un campo virgen, y al entrar en él, cada cual está pendiente del otro. El apóstol Pedro dice al marido:

“dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coheredera de la gracia de la vida”. El marido flamante, ya en este principio, le da este ‘honor’ a la que ahora es nada menos que su “reina”. Ella, al mismo tiempo, está pendiente de su “rey”.

Antes del momento ‘revelador’, es muy recomendable que los dos - de rodillas delante de su Amado Señor - le den una vez más agradecimiento y alabanza, ofreciéndole la ‘consumación’ de su matrimonio. Ya su unión será no solo espiritual, ni solo síquica, sino también física. Ahora son hechos ‘una sola carne’.

Único y completo

Se podría decir que el punto detrás de la palabra “carne” no sólo tenga valor gramatical, sino también simbólico. Es un verdadero “punto final” - un hombre con su mujer, matrimonio completo - ¡punto! Se trata de una relación única, que jamás debe ‘adulterarse’ con otros elementos extraños.

Se desprende también que, por muy grande que sea la bendición del nacimiento de hijos dentro de este vínculo, aquel gran hecho de tener hijos no hace ‘más completo’ el matrimonio. También *sin* el fruto esperado sigue siendo matrimonio auténtico, con los mismos vínculos sagrados y bendecidos por Dios.

Ya hemos visto que ninguno de los tres elementos debe faltar. Si falta uno, no hay matrimonio completo. Pero también su orden - de ‘1, 2, 3’ - es establecido por Dios Mismo y de igual importancia. Cuando el hombre, en su prepotencia escoge otro orden, escoge ‘receta para el desastre’.

De hecho, la mayoría de las parejas del mundo empiezan (experimentando) en el ‘tercer campo’. El típico joven - o quizás no tan joven - es capaz de decir: “Esa ‘chica’ tan linda me agrada... A ver si, con un poquito de seducción, me la llevo a la cama...” A ella, a su vez, le puede dar vergüenza que *todavía* sea virgen... Agradece la oportunidad de ‘ponerse a nivel’ en el mundo moderno. Uno de los resultados es que cada vez hay más parejas en este mundo que, dejando el casamiento de lado, se ‘juntan’ (o se ‘acompañan’) y ya está...

En los tres campos imprescindibles, el primero es a menudo el que menos importancia reviste; incluso se ignora su existencia... ¿Por qué es que en las iglesias evangélicas, tantos lamentan hoy el triste naufragio de su matrimonio? Al casarse, ¡todo bien!, *pero...* se dejó sin explorar el ‘campo espiritual’... Al llevar quizás ya unos años

casados, está quedando obvio que el compañero (o la compañera) solo fingió ser creyente. Ciertamente, tenía cierta religiosidad, pero *sin* conocer a su Salvador por una fe viva.

¿Y ahora? Nunca lee la Palabra, sus oraciones en la mesa son mecánicas, no asiste a reuniones, y para colmo se le ve en la calle - a veces - acompañado/a de otro/a. Esa falsa piedad pronto se habría descubierto en una buena exploración del campo espiritual - ya antes del noviazgo -, y el creyente, guiado por su Señor habría podido ‘cortar por lo sano’, mucho antes del gran desastre de un hijo de Dios que contrae matrimonio con una hija del diablo (o al revés).

Ignorar el primer campo - el espiritual - trae automáticamente una negligencia en cuanto al segundo - el del alma -. El ‘compromiso total’, implicado en el ‘segundo campo’, puede que solo quede en unas promesas románticas...

Frutos dulces o amargos

Las relaciones sexuales son parte del maravilloso diseño de Dios. **En contraste** , cuando se realizan fuera del vínculo matrimonial, aunque se llegue a un goce físico, mezclado con alguna emoción, no son más que una parodia momentánea que se aproxima mucho al nivel animal. El amor matrimonial (incluyendo la parte ‘erótica’) sólo puede expresarse en toda su plenitud y belleza dentro del vínculo diseñado por Dios. Lo que se hace fuera de este vínculo deja mal sabor y lleva frutos amargos...

Descubrimos otras cosas:

En el diseño matrimonial, ¡Dios **solo** contempla la heterosexualidad!

Además, la poligamia, el adulterio y el repudio van más allá de sus planes soberanos.

En lugar de conducir a un aumento de felicidad, como el hombre se imagina en su ignorancia, tales actitudes, acciones y actividades son más bien síntomas del profundo mal de que está aquejado. Sólo traen desdicha, a la larga si no a la corta.

Dios hace, el hombre deshace

Dios prohíbe al hombre que “separe lo que Él juntó”. El hombre caído y sin temor de Dios, en lugar de hacer caso de las advertencias de Dios, prefiere hacer caso de sus propios apetitos. Lo que Dios ha juntado, él, sí, lo separa.

Las causas directas de un ‘naufragio matrimonial’ suelen ser mayormente:

la ‘fornicación’ (en este caso el ‘adulterio’) y/o
el ‘abandono definitivo’.

Solo en el caso de uno de los dos (o de ambos), el Nuevo Testamento reconoce como legítima una separación oficial y definitiva (el llamado ‘divorcio’).

Dios lleva a los suyos, a los que son de la “nueva creación”, de vuelta a los principios de esa creación original. Por esto, cuando se le pregunta a Jesús por el permiso que Moisés había dado para el divorcio entre los israelitas, les contesta: “Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así”. Había diseñado un matrimonio repleto de amor, gozo, armonía y mucho fruto espiritual.

Es cierto, el mundo está completamente corrompido, y el egoísmo imperante lleva todos sus frutos feos. Sin embargo, Dios, por su abundante gracia, es poderoso para restaurar aquel matrimonio que, a tiempo, acuda a Él. Lógicamente, Satanás “anda alrededor buscando a quien devorar”, pero la gracia de Dios puede con él y es plenamente capaz de dar la victoria.

Yugo desigual

Ya hemos visto como la estratagema satánica es la formación de matrimonios ‘mixtos’. Ahí, ya de entrada, no hay unidad en Cristo. El uno es creyente, el otro incrédulo, o ‘creyente’ de mera apariencia. El temible enemigo sabe, perfectamente, que tal unión acarrea condiciones de enfriamiento, desconfianza, desdicha, amargura, sufrimiento,

división en el hogar, inutilidad para Dios, y confusión para los hijos. Los hijos oyen una cosa del padre - que podría ser católico - y otra de la madre evangélica, o al revés.

¡Pero Dios nos previene! En su Palabra traza el ‘lindero’ que divide los dos ‘mundos’ - es decir, entre el ‘mundo suyo’ en que Él es Rey, y el mundo en que Satanás es “príncipe del mundo”, “potestad del aire”, y “el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia”. Enfáticamente advierte a sus hijos: “no os unáis en yugo desigual con los incrédulos”. El discípulo que desobedece, que se burla del lindero divino, y contrae ‘matrimonio mixto’ o, sencillamente, forma pareja mixta, “**siembra para su carne**”, y “**de la carne segará corrupción...**” Sufrirá (y otros con él o con ella) las tristes consecuencias.

¿Quién obedece a quién?

Esto no quiere decir que dentro del matrimonio creyente no ocurran contrariedades. Aparte de la total fidelidad del uno hacia el otro, hay otras cosas para tener muy en cuenta. En 1ª Timoteo 2 Pablo alude a un problema serio. Para captar bien el sentido de sus palabras es necesario saber que la palabra griega para “hombre” puede, y debe en muchos casos, traducirse por “marido”. Igualmente, la palabra para “mujer” puede, según el caso, ser traducida más correctamente por “esposa”. Basándose en la creación y en la caída en el pecado del primer matrimonio (como hechos históricos), Pablo afirma: “No permito a la mujer (a la esposa) enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre (sobre el marido)”.

¿Por qué lo dice? Su pensamiento está en lo que ocurrió en Génesis 3. Eva había convencido a Adán a desobedecer a Dios. Adán, en vez de obedecer a Dios, obedece a su esposa. Es por esto, dice Dios, que le viene la “maldición”: “por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer...”. Ahora entendemos por qué Pablo pone aquel énfasis – el matrimonio cristiano necesita reflejar los valores de la creación, y no recaer en el error de Adán y Eva. Dios instituyó que el marido, amorosamente, “enseñe y ejerza dominio” sobre la esposa. Invertir o anular este orden divino de la creación para el matrimonio, por muy conveniente que pueda parecer, trae maldición.

Por otro lado, es muy importante darnos plena cuenta que, en cuanto a ‘ministerio’ de la Palabra, la hermana en Cristo (casada o soltera) tiene la puerta bien abierta para predicar la Palabra en la congregación y fuera de ella. En Hechos 2, cuando el Espíritu Santo es derramado sobre los 120 - un número que incluye a las hermanas -, Él Mismo, soberanamente y explícitamente, da este testimonio por tres ‘testigos’: Joel quien profetiza, Pedro quien anuncia y Lucas quien graba.

La gracia en Cristo, la que venció la maldición, es plenamente capaz para valorar y guardar lo que nuestros primeros padres menospreciaron y perdieron. Esto en el matrimonio cristiano se hace realidad gloriosa en cuanto marido y mujer estén unidos a los pies de su SEÑOR.

Referencias bíblicas

Génesis 2:18-24; 3:17;

Salmo 128; Proverbios 5:15-23; 6:32; 22:6; Eclesiastés 4:9-12;

Malaquías 2:14-16;

Mateo 19:3-9; Hechos 2:17-18;

1ª Corintios 7:2-5, 15, 39; 11:11-12; 2ª Corintios 6:14-7:1;

Gálatas 6:7-8; Efesios 2:2; 5:22-33;

1ª Tesalonicenses 4:3-5; 5:22-24; 1ª Timoteo 2; Hebreos 13:4;

1ª Pedro 3:1-7; 5:8.